



“Piel de melocotón”.

“Piel de melocotón”. Aquel recurso publicitario me sedujo, obligándome a permanecer clavada frente al escaparate de un instituto de belleza; se anunciaban cuidados estéticos y, salpicada en los estantes, se exponía una amplia gama de productos de alta cosmética. Sobre un fondo de terciopelo azul, un espejo de medianas dimensiones que sólo admitía un busto por imagen. Al asomarme, descubrí un rostro sobre el que nunca antes había apreciado los diminutos surcos que empezaban a formarse en el contorno de unos ojos color miel. Quise acercarme, hasta casi aplastar mi nariz contra la luna de cristal. Pensé que, después de todo, ya tenía treinta y dos años; pensamiento que no consiguió mitigar el leve brote de angustia que albergó mi alma por unos instantes. Volví a retirarme sin abandonar mi propia mirada, y dejé que mis dedos recorrieran con aire de nostalgia aquella tez, empezando a sentirse amenazada por los días, en otro tiempo anacarada. Liberé un minúsculo suspiro que me ayudó a rescatar la realidad desde la que había sido cautivada y embrujada por el eslogan.

Miré el reloj, algunos minutos me alejaban de la una y media de la tarde; no era momento de pensar en añadir un paquete más al lote que llevaba encima. Varias mujeres salían entonces del local; todas ellas con un aspecto resplandeciente.

Intercambiaron besos sin hacer rozar sus mejillas por miedo a estropear el maquillaje, se despidieron y fueron perdiendo en distintas direcciones. Una última mujer, al parecer dueña del negocio, salió llave en mano; la introdujo en la cerradura haciéndola girar dos veces; miró a ambos lados de la avenida que empezaba a vaciarse de mundo para finalmente caminar en la dirección opuesta a la que yo por fin retomé.

La frase "Piel de melocotón" se repetía una y otra vez en mi mente, me mantuvo distraída durante todo el recorrido hasta llegar a mi destino.

Era más fácil pulsar el "cuarto C", en el portero automático, que dejar sobre la acera cuanto llevaba para buscar las llaves en el bolso que no tardaría en resbalar desde mi hombro. Respondió su voz grave a través del telefonillo.

—Soy yo —dije.

Algún comentario hizo sin darme tiempo a responder; colgó enseguida dejándome con la explicación en los labios.

Con un golpe de cadera, empujé la puerta de hierro que volvió a cerrarse sola una vez que estuve en el interior del edificio. Al tomar el ascensor vi que dos chicos llegaban de la calle a toda carrera, los esperé. Por sus carteras supe que regresaban de la escuela. Compartimos las dos primeras plantas; tuve el tiempo justo para preguntarles por su primer día de clase. Cruzando sus miradas, contestaron sonriendo con un "bien" jocoso que me hizo sonreír a mí también. Me despedí de ellos y seguí en silencio, la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba.

La puerta estaba entreabierta, y del interior me llegaba el olor de carne asada, aromatizada con hierbas provenzales. Se oían unos continuos golpecitos sobre la madera de trocear verduras, ya algo gastada.

Cerré la puerta impulsándola con el tacón de la bota. Me detuve en la entrada de la cocina dejando mi cuerpo descansar sobre el quicio. Allí estaba él, cortando en rodajas unos

tomates rojos, que luego dispuso en una fuente plana de barro esmaltado; los salpimentó y roció con una vinagreta ocasionalmente casera.

— Feliz cumpleaños — dije acercándome.

Él me presentó su mejilla, sobre la que deposité un beso no demasiado sonoro; hizo referencia a los paquetes que, por descuido, seguía empeñada en cargar. Mientras me deshacía de ellos, le comunicaba mi intención de celebrar una fiesta en compañía de nuestros amigos. Quiso recordarme que nunca le gustaron las fiestas de cumpleaños mientras colocaba las rebanadas de pan integral en la cesta de mimbre.

Yo comprendía su desagrado ante el hecho de tener que cumplir cuarenta y seis años, y así le transmití la observación que eludió haciéndome ver que el entrecot se enfriaría si no nos dábamos prisa en sentarnos a la mesa.

Café para mí, té para él; no esperé más para poner frente a su vista el paquete que contenía su regalo. Era una caja pequeña, envuelta en papel plateado combinando brillo y mate. La rodeaba una cinta verde rizada en los extremos. Lo contemplaba intrigado mientras lo hacía girar tratando de adivinar su contenido.

— ¿A qué esperas para abrirlo? — le insté impaciente.

Dio un sorbo de té dejando humedecidas las comisuras de sus labios, por las que asomaría después la punta de su lengua. El cristal de sus gafas se había empañado ligeramente, pero no tardó en recobrar la nitidez haciendo brillar de nuevo sus ojos de un verde muy oscuro. Por fin se decidió a librar la caja de su envoltorio. La abrió con sumo cuidado; introdujo dos dedos en ella, con delicadeza tiró de una cadena hacia arriba. En el otro extremo del oro se balanceaba como en sesión de hipnosis un reloj de bolsillo. Lo reposó en la palma de la mano izquierda y lo abrió comprobando que estaba en marcha y a buena hora.

— ¿No vas a decir nada? — pregunté.

— Es una joya — contestó.

Algún mensaje se ocultaba en aquel elogio.

— Pero... — me adelanté intuyendo un inconveniente.

Me habló sobre mi manía de regalar relojes; primero a mi abuelo, luego a mi padre...

— ¿Y...? — Interrumpí.

— Y ahora a mí — calló unos segundos y continuó—. Dime Beatriz, ¿tú me ves viejo?

No supe reaccionar sino con una carcajada nerviosa. Abandoné mi puesto y fui a darle cobijo entre mis brazos besándolo una y otra vez, sin discriminar las gafas que dejé sembrada de huellas de labios.

— Perdona, Julio, en ningún momento he pretendido... No ha sido mi intención... — No logré encontrar un final feliz a ninguna de mis frases.

— No te preocupes. Supongo que es algo inevitable... lo de los años quiero decir.

Estaba intentando abrocharme el collar de perlas de jade cuando el timbre anunciaba la llegada de los primeros invitados.

— Yo abriré — dije alzando un poco la voz para que Julio pudiera oírme desde el baño.

En el espejo del pasillo quise comprobar que todo en mí estaba en orden. "Piel de Melocotón ". El timbre volvió a sonar y, ya en el vestíbulo, arrojé de nuevo una súbita mirada en el espejo que reflejaba algunas hojas del ficus colocado a sus pies "... de Melocotón ".

Era un vientre prominente, unas manos apoyadas en los riñones haciendo avanzar el pecho, y una cara deformada por el embarazo. Era Rosa, que con su justificado volumen mantenía oculto a Marcos, al que descubrí más tarde justo detrás de ella. A primera vista pude notarles el sofoco; su respiración

era acelerada. Marcos desde su posición, dejó escapar un soplo de aire alborotando tímidamente el cabello cobrizo de Rosa, crecido y ondulado hasta los hombros.

— ¡Hija mía! — exclamó ella —, no sé cómo me he atrevido a aceptar tu invitación sabiendo que debía subir a pie cuatro pisos.

Rosa detestaba los ascensores, era claustrofóbica, y ni siquiera su avanzado estado de gestación le inspiraba la oportunidad de intentar vencer ese miedo. Al verla desplegar sus brazos, sentí cómo la totalidad de su peso me venía encima buscando con urgencia los míos. Se deshizo de mí yéndose a buscar un asiento que la soportara. Ya Julio aguardaba de pie en mitad del salón. Oí el intercambio de saludos cuando todavía Marcos aguardaba mi invitación para cruzar el umbral.

— Hola, Beatriz.

Noté el suave cosquilleo de su barba espesa en mi mejilla al juntar las caras para besarnos. Me siguió, y, una vez los cuatro reunidos, aprovechando un instante mudo, sugerí que tomásemos una copa mientras esperábamos a los demás. Ellos asintieron con un gesto.

— Yo me reservaré para más tarde — explicaba Rosa —. El médico me ha aconsejado que no abuse del líquido en este último mes; se me hinchan los pies.

Ilustró su aclaración levantándolos a un palmo del suelo y proyectándolos hacia delante.

Los hombres conversaban delante de la cristalera de la terraza; sostenían sus copas haciendo balancear el Jerez en su interior al seguir con las manos la trayectoria del discurso. Me distraje contemplando la evidencia de los muchos menos años que representaba Marcos que Julio, recién afeitado como estaba. “... Melocotón”.

Rosa seguía hablándome sin apartar las manos de su vasto vientre. Mis ojos, sin embargo, se desplazaban velozmente de